

objeto y utilidad de ella y las mejoras de que á nuestro corto entender ha recibido.

## II.

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia fiel del origen y progresos de este periódico: réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales que le hacen indispensable á toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene á ser dentro de ellos la *orden del día* para el movimiento económico de la población. ¿Quién es, con efecto, el que no acude á este depósito central á adquirir las noticias respectivas que su curiosidad ó su interes le hacen desear? La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del día ó las funciones religiosas; los que desean saber á punto fijo el grado de calor ó de frio que han sentido el día anterior, no quedan persuadidos de él hasta que lo ven confirmado en el Diario; el militar busca la orden de la plaza, y el paisano las de las autoridades civiles; el tendero ó la viuda rica ecsaminan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya *á voluntad de sus dueños*, todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario que

el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear mas útilmente; los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor; los aficionados á la lotería tienen la satisfaccion de saber que tal ó cual premio ha caido en Madrid, y aun el nombre de una patriota conecionada con las víctimas del 2 de mayo; los que tuvieren alhajas que empeñar saben que hay monte de piedad; el público todo conoce á cómo pagan el trigo los tahoneros, y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que les produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfaccion de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto á la primera parte de *anuncios oficiales*, que si de ahí nos deslizamos en la segunda, que comprende los *particulares* de comercio é industria, ¿quién es el ser tan completamente independiente que no tenga que ver con algunas de estas líneas? Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunacion, á menos que haya transigido con las viruelas; ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido á la plebe); ha sido mancebo, y se ha visto obligado á tener bigotes ó patillas, ó bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicacion que haya dado al género romántico ó al clá-

sico, y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir á los *cosméticos* para hacerlas crecer, ó á las navajas para rasurarlas; ha sido dama y ha necesitado ser hermosa, y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez ó un agradable color, se ha visto obligada á adoptar *el agua de madama Má,* ó la *balsámica de la Meca que usan las damas de Borneo*; ha sido libertino y siente los dolores osteocopos ó sifilíticos: en este caso nadie mejor que los empíricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y redomitas; ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Caldeñas, ó las truchas del Barco de Avila; ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene... los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen á su socorro; por último, se ha muerto, no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja á precios cómodos y á gusto del consumidor.

Todas estas y otras mas ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado á vestirse según su clase, y ha debido acudir á los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico; si ha obtenido un empleo puede encontrar á poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo; si ha de tomar casa ó poner tienda, se le presentan al-

quileres y traspasos de enseres y reputacion; si es aficionado á la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra; si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sugetos decentes que se ofrecen á administrarle las fincas ó llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete á cuidárselas, si las tiene; si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interes y una hipoteca bastante á juicio de usurero; mas si por el contrario le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los dias de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad nos felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la impusimos dió lugar á los chistes de algun periódico. Unos se irritaron porque estaba en *latin*, para otros estuvo en *griego*, y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa*. Nosotros confesamos nuestro pecado, pero tratándose de indicar movimiento ó cosas que han de hacerse, encontramos algo pobre en este punto nuestro diccionario, sin duda porque acaso sea la moda del pais el no hacer nada, y hé aqui la razon por qué acudimos á nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser esta palabra vacía de senti-

do. Esto en cuanto á la cuestion del nombre ; por lo que hace á la esencia de aquel artículo diario, nos hizo concebirle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente ó litigante, pues el que quiera moverse en cualquier sentido, ha de acudir á solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero ha de sostener un pleito para cobrarle; y el que adquiere cualquier derecho le ha de costar *derechos* el conocerle. Esto prescindiendo de las demas noticias curiosas que ofrece dicha *Agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba sin duda á nuestro Diario para hacerle general á toda la poblacion, y puede asegurarse que en las dos primeras capitales de Europa no ecsiste ni puede ecsistir esta comodidad de un depósito central de noticias locales, lo cual es natural atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades que da suficiente alimento de anuncios á considerable número de periódicos; pero esto sin embargo no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Réstanos hablar del *Boletin*, y aqui es donde real y verdaderamente tratamos de causa propia, como que es la parte razonada y peculiar de la redaccion. El alabar nuestro desempeño de ella, si bien no sería moda nueva en los miserables tiempos que alcanzamos, no estaria de modo alguno de

acuerdo con nuestro carácter, y por otro lado de nada serviría para alterar el juicio que el público pueda haber formado. Únicamente diremos que este Boletín, tal como le hemos concebido, limitado á tratar los intereses peculiares del pueblo de Madrid, viene á ser un intérprete de sus necesidades para escitar á la autoridad á su remedio, así como esta puede servirse de él para preparar la opinion pública sobre disposiciones de mejoras adoptadas ó en proyecto. A propósito de esto, y sin que sea visto tomar esta por una *profesion de fé*, aprovechamos la ocasion para protestar que por carácter, por sistema, y por las ventajas que nos proporciona nuestra situacion particular, tenemos la fortuna de no estar sujetos á influencias estrañas; escribimos por gusto, pero sin la pretension de literatos ni la de acertar en nuestros juicios: los emitimos únicamente con el deseo del acierto por la parte de intereses que nos cabe como vecinos de este pueblo, y con la misma franqueza hemos alabado y alabaremos las disposiciones que creamos conducentes al objeto, como combatiremos las que á nuestro juicio no sean oportunas. Finalmente, responderemos de paso á los pretendidos críticos que rian acaso de la importancia que damos á este periódico, diciéndonles que para nosotros el mas importante es el que tiene mayor número de lectores, y mas que estos sean tenderos de comestibles ó maestros de obra prima; que por esta sola razon de mayor popularidad preferimos ocuparnos en este Diario mas bien

que en los políticos, sin negarles por eso nuestra estimacion y respeto; y por último, estamos persuadidos de que si bien es un servicio patriótico el difundir las ideas políticas y literarias entre las clases preferentes de la sociedad, no es menos importante el conducir el discurso de la multitud hácia sus intereses materiales y locales; y en comprobacion de esta verdad podriamos citar nombres eminentes en otros paises ocupados en redactar periódicos populares que se venden á *penique* y á *dos sueldos* (unos cuatro cuartos), cartillas y manuales económicos y científicos, y otras publicaciones á este tenor, lo cual (sea dicho entre paréntesis) no ofrece menor dificultad que llenar enormes columnas con metafisicas discusiones de teología política, que suele ser griego para la mayor parte del auditorio.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid advirtiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con pocas mas de dos cuartos diarios. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone á usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género mas barato, el ahorro de un paseo inútil para acudir á una audiencia, y demas circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al dia? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos,

¿no habrán de tasarse mas que en ocho reales al mes? Hemos respetado y conservado este precio por su antigüedad de casi un siglo, y por la estremada comodidad que ofrece, y si bien nos hubiera sido grato el dar al Diario matritense aquella latitud, perfeccion y buen gusto conforme con nuestras ideas, y que vemos realizado en pueblos mas prósperos, no hemos querido desentendernos del estado infeliz del nuestro, y hemos adoptado y seguiremos adoptando todas aquellas mejoras compatibles con tan limitado precio y la escasez de nuestros recursos artísticos.

Despues de todo lo dicho solo nos permitiremos una observacion que prueba el adelanto de los tiempos, á saber: que este periódico, que tan limitado principio tuvo, y aun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no solo se basta en el dia á sí mismo, aun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado, y con aplicacion á los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de ciento veinte mil reales.



# La procesion del Corpus.



I.

1623.

Era el dia 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mugeres que la confesaron á Roberto su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero dibujo de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar







Villa-amal-im?

Siti de Palmardi.

C. Palma note. lo. hie?

La Caballeria llega despejando la carrera.  
(La Procesion del Corpus)



aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atención en el dicho día 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne función del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuard, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (después Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), había llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año con el intento de entablar su casamiento, que no llegó á tener efecto, con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M. si asiste á la procesion, ó por el presidente del consejo en caso contrario, se reúnan todos en dicha iglesia, y los consejos divi-

didos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelles: así, hácia la pila del bautismo estaba el consejo de Cruzada: á los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias: en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el consejo real de Castilla: en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los grandes. El sitio del rey y príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio: al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una acheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media; y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el rey, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho borlones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el príncipe de Gales desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fue en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, así como el marqués de Buckingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El orden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines— seguian los niños desamparados y los de la doctrina — luego los pendones y las cruces de las parroquias — los hermanos del hospital general — los de Anton Martin y las comunidades religiosas por este orden — mercenarios descalzos — capuchinos — trinitarios descalzos — agustinos descalzos — carmelitas descalzos — clérigos menores — padres de la compañía de Jesus — mínimos de la Victoria — gerónimos — mercenarios calzados — trinitarios — carmelitas — agustinos — franciscos — dominicos — basilios — premostratenses — bernardos — y benitos — la cruz de Santa María de la Almudena — la del hospital general de corte — la clerecía en medio de las órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares. — Al lado derecho el consejo de Indias — el de Aragon — el de Portugal — el supremo de Castilla. — Al izquierdo el de Hacienda — el de Ordenes — el de la Inquisicion — el de Italia — el cabildo de la clerecía — veinte y cuatro sacerdotes revestidos con in-

censarios — la capilla real con su guion — tres caperos, el de en medio llevaba el báculo — el arzobispo de Santiago de pontifical — los pages del rey con hachas — las andas del Santísimo (1) — la villa con el palio — el rey — el príncipe al lado izquierdo — un poco detras el cardenal Zapata al derecho — el cardenal Espínola al otro lado — el nuncio en medio de los dos — el obispo de Pamplona detras. — El inquisidor general — el embajador de Polonia — el patriarca de las Indias — el embajador de Francia — el de Venecia — el de Inglaterra — el de Alemania — el Conde-duque de

(1) «Una de las mejores alhajas que hay en Madrid es la custodia que se guarda en la casa del ayuntamiento, y solo sirve el día del Corpus para la procesion que sale de Santa María. Consiste en un primer cuerpo de ocho columnas pareadas en los ángulos sobre pedestales, y son de orden corintio con labores en los tercios inferiores y en los superiores, los cuales se reducen á festones, niños, figuritas y otras cosas ejecutadas con suma diligencia. Forma un arco por cada lado, y tienen en su vuelta y en las enjutas semejantes adornos. Sobre el cornisamento hay en el medio de cada fachada uno de los cuatro doctores, á los lados un jarroncito, y en el espacio intermedio un angel sentado. La bóveda que forma este primer cuerpo hace un artesonado con florones de esquisito gusto. El segundo cuerpo es un templecito redondo, en medio del cual se representa la Ascension; tiene ocho columnas de dos en dos, y sobre el cornisamento hay cuatro niños. Remata en un globo formado de los círculos celestes, sobre el cual hay puesta una cruz. Las columnas tienen labores á manera de las de abajo. Dentro de esta custodia grande hay otra mas pequeña, que tambien consta de primero y segundo cuerpo, y de ocho columnas cada uno. Las del primero son pareadas y de orden compuesto. En los tableros del basamento se representan de bajo relieve la ce-

Olivares — los grandes cerca de la persona del rey — los títulos y señores á tropas en medio de la procesion — las dos guardias española y tudesca á los lados de la procesion — y detras toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los Autos sacramentales, que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de come-

na del Señor, el lavatorio, la oracion del huerto y el prendimiento, y á mas de esto los apóstoles en los pedestales, asi como en los de la custodia grande estan espresados los profetas, las armas reales y las de la villa. En los cuatro ángulos de la custodia interior hay en cada uno un pedestal con un angel de rodillas mirando al lado donde se coloca el viril, y tienen targetas en que está escrito: *caro mea verè est. cibus, et sanguis mea verè est potus*. El segundo cuerpo es un templecito redondo con columnas salomónicas, y dentro se representa el Señor resucitado. Tienen otros ornatos las referidas custodias, y todos estan hechos con mucho gusto é inteligencia, como tambien la hay en el viril, en cuyo pie se figuran historias sagradas y varios ángeles al rededor del cerco con porcion de diamantes donde se coloca la hostia. Asi el viril como las custodias son de plata, con la diferencia de que aquel es dorado. Se ve la firma de quien hizo la obra, y es: *Francisco Alvarez, platero de la reina: año de 1560*; sugeto no menos digno de perpetuar su memoria que lo fueron Becerril, los Arfes y otros que hicieron custodias con escelencia. »

Esta preciosa alhaja se conserva en el dia segun la describe el erudito don Antonio Ponz.

diantes: principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey el mismo dia del Corpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon: seguia el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al consejo de Inquisicion, y por la tarde á Madrid, desde donde por el orden que queda espresado del dia antecedente, se seguian representando á los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los dias de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente á ella. Asi pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94. que se hiciesen uno el jueves y otro el viernes, y este dia se hiciesen los dos al consejo, dando principio la compañía que el dia antecedente representó en Palacio, y el mismo dia al consejo de Aragon, y que si el consejo de Inquisicion quisiese autos se los representasen por la mañana,

y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacían estos festejos á SS. MM., al consejo y Madrid, en los dias jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los corrales. Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca solo escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, y á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando á la villa 16,500 reales por su propiedad.

## II.

1835.

Despues del transcurso de los tiempos se conserva en el dia como la mas solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra sigue el mismo orden de magestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela

purgado tambien de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los gigantones* y otros, se conservan aun en algunos pueblos de España, y hasta antes de la guerra de los franceses se usaban en el mismo Madrid (1).

Queda ya dicho que el orden de la procesion es en el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la mas elevada, empezando por el mismo monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento &c., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representaba místicamente el vencimiento glorioso de nuestro Señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar, porque espantaba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, ecsiste una tradicion que dice que habiendo llegado Santa Marta á aquellas riberas, logró vencer y encadenar á uu monstruo carnívoro llamado *la tarasca*, que afligia y desolaba aquel pais. La villa agradecida eligió á la santa por su patrona, y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Ademas en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad se pasea por las calles una imágen colosal del monstruo vencido y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: «*Por gastos en la tarasca para la procesion del Corpus, 1400 reales.*»

Pero en lo que sin duda alguna debe esceder el Madrid actual al antiguo en semejante día, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion, el bullicio y animacion del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta corte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, espresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas, bellas, y tiradas á cordel que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas esquisita ó caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento á los edificios: tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Real y Puerta del Sol.

Los detalles son aun mas interesantes. No bien apunta la aurora, que á la verdad es bien pronto en un hermoso dia de junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, maldrugadores aquel dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden á la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos: síguela en pos el honrado artesano, vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de calle Mayor, y guantes amarillos: el mancebo de comercio con su corbatin de á cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada: la alegre modista con una espresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino: el mercader de calle de Postas envuelto en su casacon Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de ore-

ja: el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de 15 á 16 (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes: mas allá vienen los almiarados y flecsibles mozalbetes con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica: ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las mas hábiles manos de la calle de la Montera, ó muestran su mal disimulado enojo porque madama tal dejó de llevarlas á tiempo el traje *punzó* ó el sombrerito *hortensia*. Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fé de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras: uno de ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo mas notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa tanto afan á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pue-

den dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad: suena, en fin, el redoble del tambor, óyense las voces de atencion y de mando, la procesion se acerca, es preciso acomodarse entre filas, y dejar el centro despejado: ¡qué momento de confusion y de agradable desorden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y extravagantes! la jóven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran á hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan menos, la buscan, la ven en frente, quieren reunirse á ella, pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos espresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente. Aquí es una muger que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en *correcta formacion*: ¡qué movimiento en los balcones! ¡qué estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

*La caballería llega, en fin, despejando la carrera*, y entre el son de las campanillas y de los cánticos empieza la larga fila de niños espósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte, hasta que llega el Santísimo: las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía: la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que quemán los sacerdotes: la tropa rinde las armas é hinca la rodilla á la presencia del Omnipotente: los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero silencioso y prostrado rinde á la Divinidad el homenaje de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados; la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse á sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aun el paseo durante una hora, en que con mas desahogo puede lucir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido: los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilár las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas; y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que

cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando mas tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la mas mínima señal de la festividad de la mañana.



## Las calles.

---

### I.

Nada hay mas natural en un forastero que la curiosidad de conocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez del tal pueblo.

Aventurado por cierto sería aquel juicio aplicable á nuestro Madrid, pues que variaría absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, y por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano mirando la poblacion por su parte mas antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnífico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraria diferencia notable de sus tetricas ciudades si la presencia del palacio real á su izquierda no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la población por su parte mas vital y variada. Los suntuosos edificios del seminario, cuartel de guardias y palacio á la izquierda; la fábrica de tabacos, el hospital general y el observatorio á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente, intermediado todo por variados edificios, caprichosas torres, numerosos grupos de casas de distintas formas, y revelando, por decirlo asi, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del gobierno, prestan por este lado á Madrid su vista mas completa é interesante. Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá y la de Atocha, formarán una idea aun mas risueña y magnífica por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos sitios del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria al entrar por las puertas de San Fernando ó de Santo Domingo.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y de la elevacion correspondiente para medir y conocer á *vista de pájaro* todo el plano de la capital y sus distintas fases, sería aun mas difícil el indicársela, careciendo, como care-

ceмос, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano, y conocer á un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura puede observarse el corte de la poblacion, uno de los mas cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales de un centro comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Asi que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Gerónimo, de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N., de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepcion Gerónima y Toledo al S., llega á ser facil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde. La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor estension del radio se modifican y cruzan por otros mas subalternos y parciales, como las calles de Atocha, ancha de San Bernardo, Jacometrezo y otras. Por lo demas, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será sin embargo modificada cuando descendiendo á las calles hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de estas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de orden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

Las calles de Londres y de París, por lo general planas y sin notables desniveles, sujetas sus casas á una perfecta alineacion, y presentando en su forma exterior un aspecto casi uniforme, son aun mas fatigantes, mas tristes y enfadosas que las de Madrid con sus cuestas y la irregularidad de sus casas. Añádese á esto las inmensas ventajas que nuestro clima nos proporciona de la sequedad constante del piso, la perfecta conservacion de los colores en las fachadas, y la animacion que produce la costumbre de los balcones; compárese todo ello á la densidad de una atmósfera nebulosa, la casi perpetua humedad del piso, el ennegrecido moho de las fachadas, la severidad de aspecto de la línea de ventanas, y la metódica uniformidad, en fin, de los edificios en aquellas capitales, y habrá muy pocos que dejen de preferir un paseo por nuestra villa (haciendo para ello abstraccion del

mayor movimiento y vida de aquellas poblaciones) al cansancio y fatiga de cuerpo y de espíritu que puedan proporcionarle otras ciudades mas importantes.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado, y las numerosas y contiúas que hace veinte años experimenta, revelan, por decirlo asi, el grado de belleza á que aun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles, cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observá en las nuevamente edificadas imitando á las de Cádiz, cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones, cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con mas justicia los dictados que aun los mismos extranjeros la prodigan de la *villa blanca*, la *villa jóven del Mediodia*.

Mas si prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres, los órdenes arquitectónicos por el orden de la sociedad, el Madrid fisico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podríamos presentar á nuestros lectores! Tosco y

desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento, pero no podemos resistir á la situacion de emprenderlo. No nos proponemos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso; dejaremos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos á todas las unidades conocidas; y tanto mas románticos seremos cuanto menos pensemos en lo que vamos á hacer.

## II.

Ningun momento del dia nos parece mas oportuno para sorprender á los madrileños en el espectáculo de su vida exterior, que aquellas apacibles horas que aprocsimando el dia á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar la apetecida brisa de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. No haya miedo el cojuelo Astarot, ni su

licenciado don Cleofás, que para tal momento solicitemos sus ausilios con el objeto de levantar los tejados de las casas, y reconocer lo que pasa en el interior: por la ocasion presente dejémosle á los ladrones y enamorados, que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono, y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso ha dado las seis: la animacion y el movimiento interrumpidos durante la siesta han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, recorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman, escupiendo, al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrafa á la espalda, cruza pregonando el *güa é sebá fria*; otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disimuladas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura que les ofrece en eco lastimero el asturiano, por cuatro maravedís. En tanto los muchachos, que á la primer campanada de las seis ha lanzado aquella escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruage rueda por el suelo con notable provecho de la alegre comparsa, ó bien tratan de engañar á un

barquillero, distrayéndole para que no mire el juego, ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se sienten circular mas carruages que los del riego ó los bombés *facultativos*, y sin embargo en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aun y abiertos de par en par, no reciben todavía mas que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro mientras ojea la gaceta, ó un quidan que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

“*De la lotería-aaaao-cha-vó-á ochavito los fijos. — ¿Una calesa, mi amo? — De la fuente la traigo, ¿quién la bebe? — Señores, á un lao, chás. — El papel que acaba de salir ahora nuevo. — Cartas de pega. — Orchareró.*” Crece la animacion por instantes: el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tilburís, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos: otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles, y presencian á pie firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observandose el reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interes, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo mas elegante y bullicioso de nuestra poblacion, cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo, cuando el ruido y el polvo de los carruages ofuscan los sentidos y tienen un denso velo que nos impide ver á cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos por ejemplo á la calle ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á las puertas de Santa Bárbara ó San Bernardino con el objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Harineros; tal cual corro de diletantis á la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de Guillelmo Tell, tocada por el organillo del perro; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual

cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al son de sinfonías y cabaletas: hé aqui los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conoedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el mas indifere-  
nte suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon, donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta: jamas ningun marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel que la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina. Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¡Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones! Lindo pie encerrado sin violencia en un gracioso zapatito, limpio y elegante vestido de muselina primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho, elegante nudo recogido á la garganta, gracioso rodete á la parte baja de la cabeza á semejanza de la Venus de Medicis, dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada megilla, y diestramente combinados con unos lazos azules que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon. ¿Mas por qué

no lo hizo antes? ¿por qué tan precipitadamente ahora? — El por qué, señores míos, yo me lo sé, pero no sé cómo decírselo á ustedes. —

“Mariquita. — Matilde. — ¿Has visto? — ¡Qué quieres, paciencia! — Yo no sé qué tendrán. — Lo que es N... estaba de guardia cerca de aqui, pero el otro... — El otro... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de... — No lo creas... puede que hayan pasado... pero mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina? — ¡Qué! pero si... no, no son... ¿á ver? saca el pañuelo. — Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo, mira cómo se rien. — Sí, ellos son... ¡Ay! ¡qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones. — ¿Pues qué...? — ¡Que no son ellos...!”

“Bravo, señoritas, lindamente: gritaban en esto otros dos caballeros de gentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones. — ¿Qué te parece, Carlos? ¡hemos quedado lucidos! — ¿Qué haremos? — Yo sería de opinion de desafiar á aquellos dos. — Yo de matarlas á ellas. — Hombre, no, en tal caso matarnos nosotros es mas noble. — Mira, lo mejor será que todos vivamos, y nos vengüemos marchándonos al Prado. — No dices mal.”

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha: las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y de Lavapies no ceden á tales horas en mo-

vimiento á las mas animadas de Londres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos, que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la fábrica que al anoecer dejan el trabajo, y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida. ¡Qué confusión, qué bullicio por todas partes! Tambien el amor embellece este animado cuadro. Sigamos, por ejemplo, á alguna de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. ¡Mas por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la plaza? ¡Cosa clara! ¿no habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¡No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado